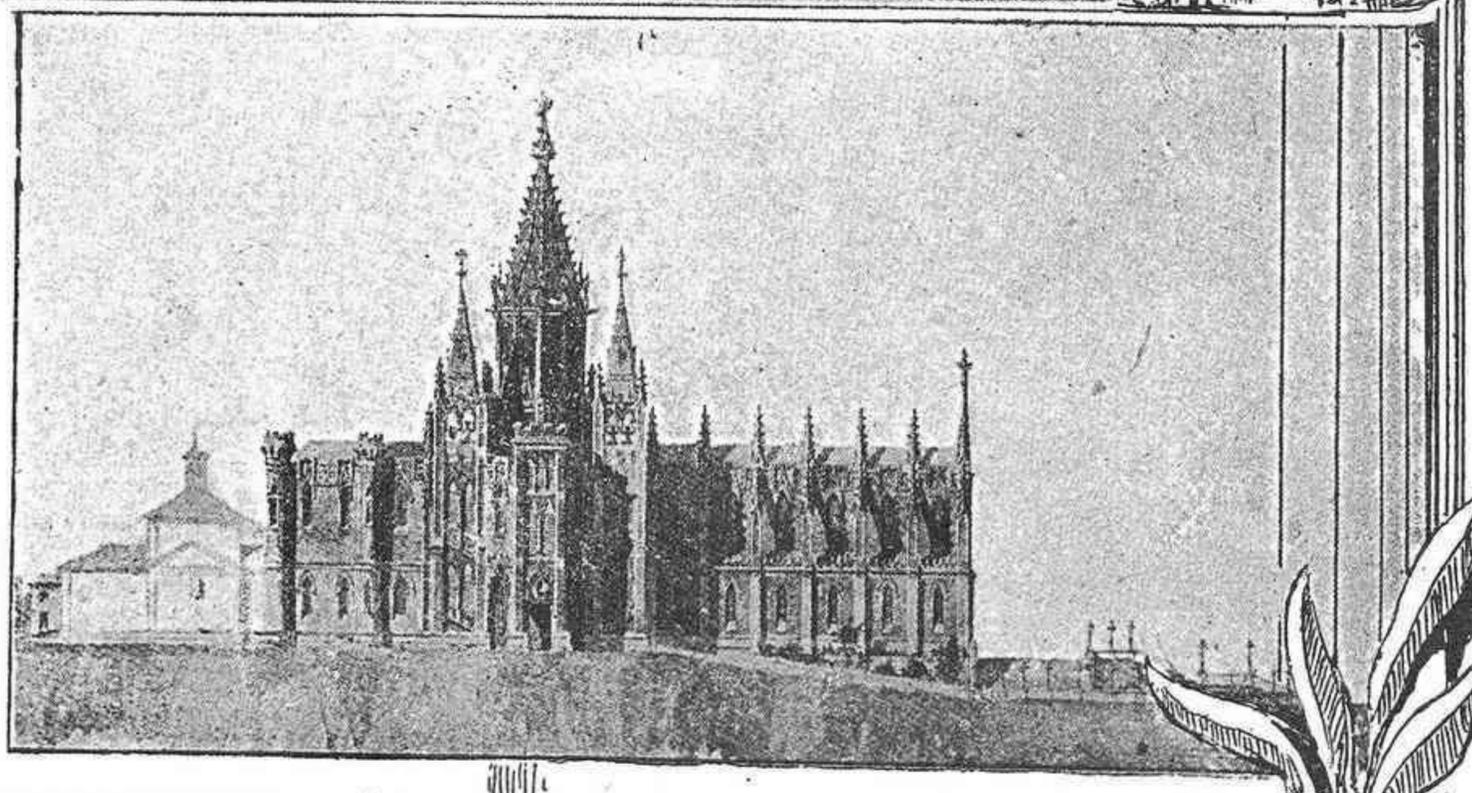


Basilica de Residencia



(c) Ministerio de Cultura 2007

SUMARIO

- I.—*Herida de amor*, José María García Boiza.
- II.—*La Asunción de la Virgen y su definibilidad como dogma*, Fr. Eusebio de la Asunción.
- III.—*El Bolsón de dinero*, Juan Bautista Altés.
- IV.—*Santa Teresa de Jesús* (poesía), Evaristo Silió
- V.—*El Indiano*, Jesús Calvo.
- VI.—*Crónica*.
- VII.—*Cuenta general de gastos*.
- VIII.—*Donativos para las obras de la Basilica*.

GRABADOS

- I.—*Salamanca: Detalle de la escalera de la Universidad*.
- II.—*Aparición de la Virgen á San Bernardo*.
- III.—*Salamanca: Patio de la antigua Casa de la Salina, hoy Palacio de la Diputación provincial*.



NÚM. 95

Salamanca 15 de Agosto de 1905

AÑO IX

R.1947

HERIDA DE AMOR



ON singular contentamiento de mi pobre corazón, recuerdo aquel pasaje de Santa Teresa, donde dice, con la sencillez que resalta en todas sus palabras, que era muy aficionada á San Agustín, por haber sido pecador; pues parecíala que había de hallar ayuda en aquellos santos que, después de ser pecadores, el Señor tornaba á Sí.

Todos sabemos que hay diferencia inmensa entre los pecados de que tanto se acusa la virgen de Avila (jamás pecó mortalmente) y los del joven libertino de Tagaste, infiel y empedernido en el vicio durante treinta años. Sin embargo, dado el temple de ánimo de Teresa, naturalmente inclinado á las cosas grandes, hubiera sido también grande pecadora, á no sostenerla el Espíritu Divino, que la aderezaba para los maravillosos prodigios de virtud y santidad que hoy forman la aureola refulgente de la ínclita Fundadora.

Aun humanamente hablando, nada hay vulgar, raquítico ni pequeño en la insigne castellana: todo es magnífico, extraordinario y grandioso. Tengo para mí que de la idiosincrasia de ambos genios, de esta igualdad de dotes naturales,



nace la simpatía y el afecto que la mística Doctora abulense profesaba al Águila de Hipona, San Agustín.

Y cabalmente aquellas afecciones humanas que en los comienzos de su vida distraían el corazón de Teresa, son los primeros toques que despiertan en nuestro corazón el aprecio y el cariño á tan donosa doncella.

A cualquiera bien nacido embelesa aquel genio festivo de Teresa, su espíritu generoso y corazón apasionado, su hermoso rostro y gracioso donaire; aquellos sus deseos de agradar, el delicado gusto en ataviarse, siempre con pudoroso recato, el esmero con que cuida la pulcritud de sus lindas manos y de sus cabellos, negros y crespos; su afición á las lecturas caballerescas y á las pláticas y conversaciones de sus parientes y amigos, á quienes cautiva agradablemente con las galanuras de su buen decir.

Pero lo que más fuerte y graciosamente seduce en nuestra Santa es su corazón magnífico, urna de delicados perfumes, aromas de honestidad, dulzura, suavidad, obstinado valor, fuego vivo de amor de Dios y del prójimo.

Aquel arranque nobilesimo y deseo vehemente y eficaz de verter su sangre en aras de su fe y de su patria, revela la grandeza del corazón de Teresa.

Frisaba aún los siete años, y á pesar de lo repugnante que es el martirio para la naturaleza humana (máxime para una tan tierna y delicada como la suya), y dejando atrás las caricias de su padre que la ama entrañablemente, y los encantos y atractivos de su regalada casa, vuela en alas de santo fervor á tierra de moros, con ansias de encontrar entre aquellos bárbaros, enemigos de su Dios y de su patria, tanta fiereza para matarla, como ella tenía valor para ofrecerse á que la descabezasen.

Aceptó el Señor esos heróicos deseos, pero frustró el sacrificio; pues la preparaba para combates más prolongados, para un martirio más exquisito, cuya palma había de alcanzar á fuerza de horribles padecimientos físicos y laboriosas penitencias, zaherida injustamente por los suyos, que mortifican en demasía su corazón generoso, horrorizada con las sugerencias del espíritu infernal que la atormenta y martiriza, dejando en sus carnes visibles huellas de odio satánico; afligida principalmente por las desolaciones de espíritu y las indiferencias, sequedades y desdenes con que aquilata á la

enamorada virgen su celestial Esposo; exquisiteces que á la virtud más heróica tornan triste y amarga.

Pero no decae, por eso, el corazón animoso de Teresa. Su alma, volcán de amor, se derrama en efusiones de tiernísimos afectos; cautiva y privada de la regalada vista de su Dueño, pídele que more en su alma, aunque no la embriague con los embelesos de su gracia. Anhela padecer ó morir; no respira sino amor y gime, suspira y *mueve porque no muere*.

Y cuando, pasados los días de prueba, el Paráclito consolador conversa en íntima familiaridad con su casta esposa, y le descubre los arcanos de la Divinidad é inunda su pecho virginal de deleitosas emociones celestiales; cuando en prolongados éxtasis y arrobamientos se le aparece visiblemente el Señor y le muestra primero solas las manos, con tan grandísima hermosura, que no lo podría encarecer, y después aquel divino rostro que del todo la deja absorta... el corazón de Teresa se abrasa en vivísimo fuego, cuyo calor sensible perciben cuantos se acercan á ella; se derrite en actos angélicos de fervorosa oración, rebosa en deliquios amorosos y suplica á su adorado Esposo que "ó ensanche su corazón ó limite sus favores".

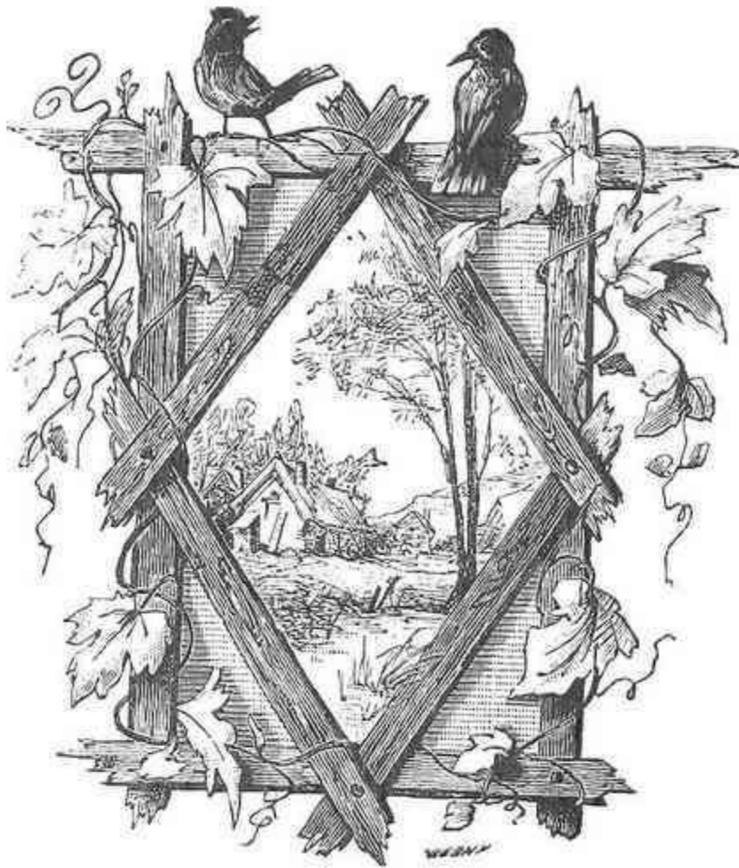
Y el amante divino Esposo escuchó los ruegos de su amada; pero en vez de disminuir los favores, ensancha y dilata el corazón de Teresa para mayores transportes y más regaladas finezas.

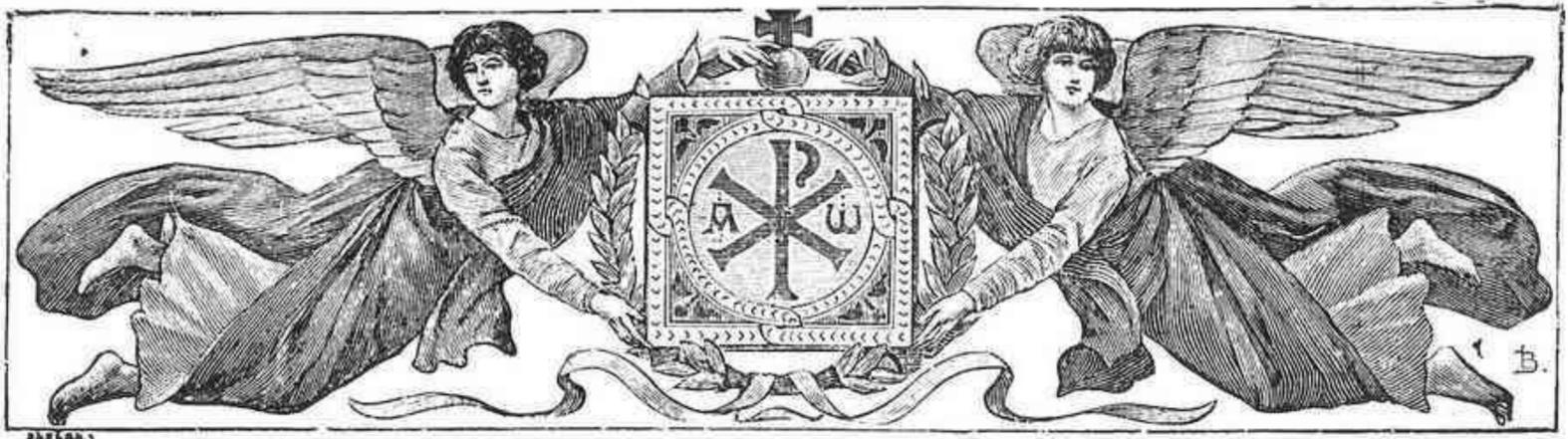
Acaeció de esta suerte, el día 27 de Agosto de 1559. Habla la Santa bendita: "Veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que me parecía de los ángeles muy subidos, de los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen. Veíale en las manos un dardo de oro y al fin del hierro un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón repetidas veces y me llegaba á las entrañas y al sacarle me las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos y un requiebro tan suave entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento".

¡Grandiosa maravilla y estupendo prodigio de las larguezas del Señor, que sostiene, por espacio de veinte años, aquella vida preciosa con un milagro perenne de su omnipotencia!

Si los demás prodigios sobrenaturales acaecidos á la Santa se justifican por el testimonio de la tradición y de la historia, la transverberación del corazón de Teresa, tiene además, en su favor, el testimonio irrefragable de la propia experiencia sensible. A la vista de todos se halla en la villa de Teresa, Alba de Tormes, ese corazón, tantas veces inflamado en el divino amor y tantas veces dolorido por los estragos que las herejías causan á la Iglesia católica: dolor que se manifiesta visible en las espinas que de él brotan á medida que los impíos dirigen nuevos y sangrientos ataques á la esposa inmaculada de Jesucristo....

JOSÉ MARÍA GARCÍA BOIZA.





LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN

Y

SU DEFINIBILIDAD COMO DOGMA

I



EN repetidas ocasiones nos hemos ocupado en revistas y periódicos y hasta folletos particulares, de la gloriosa Asunción de la Virgen á los santos tabernáculos del divino Edén.

Hoy, por haberse iniciado en Mayo último entre millares de peregrinos, que asistieron á la coronación de la Virgen del Pilar, la hermosa idea de pedir á la Sede Apostólica la definición dogmática de dicho misterio, volvemos á tratar con placer del mismo asunto.

Y también porque estos artículos se han de publicar en LA BASÍLICA TERESIANA, que fundó hace nueve años el Excelentísimo y Rvmo. Obispo de Salamanca, Dr. D. Fr. Tomás Cámara y Castro, y la leen todos los Obispos españoles, honrándola algunos con su colaboración, que son los que más eficazmente pueden trabajar en la cuestión dogmática, de alta y trascendental importancia para todos.

En el estado actual á que han llegado los estudios críticos no es posible dudar de la muerte real y verdadera de la Virgen Santísima. Sin embargo, el docto teólogo de Turín, Arnaldo, ha hecho últimamente esfuerzos tan grandes como inútiles para probar que no murió la Virgen, y al cual sigue algún español de mérito, que no citamos ahora.

Toda su argumentación estriba en que la Virgen no incu-

rrió en pecado original, luego tampoco estaba sujeta á la ley de la muerte. A esto se contesta en forma escolástica: Concedemos el antecedente, pero negamos el consiguiente y la consecuencia.

De que estuviese libre del pecado original, no se sigue que estuviese también libre de la muerte, á la cual se sujetó voluntariamente el mismo Jesucristo, impecable por naturaleza.

La opinión de San Epifanio y de algunos Padres antiguos que sostenían la tesis de Arnaldo, ha caído en desuso entre los teólogos, ó hay que explicarla en sentido favorable, diciendo que llamaban sueño, en lugar de muerte, al tránsito de la Virgen, no porque creían que no había muerto realmente, sino porque era dulce y placentera, sin las congojas de los pecadores.

Supuesta, pues, la verdad de la muerte de la Virgen Santísima, y sin abordar la cuestión del año en que tuvo lugar, que oscila entre el año 59 al 72 de su vida, vamos á ver cómo resucitó y subió en cuerpo y alma á la gloria.

En primer término citaremos las palabras de dos grandes teólogos españoles, ambos catedráticos de Salamanca, y que ellos solos, á falta de otros argumentos, harían cierta una opinión:

“De la sagrada Virgen, escribe el insigne Domingo Soto, *in IV Sent., Dist. XLV*, no se ha de dudar que resucitó para la vida inmortal. Esta opinión de que la Virgen fué sublimada en cuerpo y alma al cielo, se ha desarrollado mucho con el transcurso del tiempo, pero no puede contarse todavía entre los artículos de la fe.” *Jam vero temporum curriculo opinio haec aut credulitas, quod Virgo in corpore et anima fuerit in coelum assumpta, plurimum inolevit, nondum tamen inter fidei articulos creditu necessarios relata est.*

El no menos insigne Francisco Suárez, añade por su parte *in III part. Divi Thomae, dis. XXI*. “Se puede añadir, por último, que la gloriosa Virgen, poco después de la muerte, resucitó para la dichosa é inmortal vida en cuerpo y alma, y que subió llena de gloria al cielo. Tal es la creencia de la Iglesia universal, y este común sentir ha dimanado de la tradición de los antiguos Padres.”

Addendum est ultimo Beatam Virginem paulo post mortem ad gloriosam et inmortalem vitam corporis et animae resurrexisse, atque in coelum gloriosam ascendisse. Ita sen-

tit universa Ecclesia, et hic ejus consensus ex antiquorum patrum traditione manavit.

Luego examinando Suárez el grado de certeza que tiene la doctrina relativa á la Asunción de la Virgen, cree que es el mayor después de la certeza de la fe, á la cual no llega, sin embargo, diga lo que quiera Catarino. *In Opusc. de Concept.*

En las sagradas páginas pueden hallarse, si no argumentos que hagan fe infalible, al menos sentencia probabilísima que se acerque hasta los límites del dogma. Dice David en el salmo 131, aludiendo á la futura glorificación de la Virgen en cuerpo y alma á las delicias de la divina Sión:

“Levántate, Señor, á tu descanso, Tú, y el arca de tu santificación.”. *Surge, Domine, in requiem tuam. Tu, et arca sanctificationis tuae.*

Y en el libro de los *Cánticos* son alabadas las perfecciones de la Esposa, que va subiendo como la naciente aurora, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en orden de combate. *¿Quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata.* Cant., VI.

Y en el mismo libro de los *Cánticos*, capítulo IV, leemos el llamamiento de la Santísima Trinidad á la Hija de los reyes, mientras allá arriba se abren las puertas eternas: “Ven del Líbano, Esposa mía; ven del Líbano, nacarada paloma; ven, y serás coronada. *Veni de Libano, Sponsa mea; veni de Libano, veni, coronaberis.*

Al entrar en las moradas eternas la Reina de los predeterminados, cada uno de los ángeles y almas bienaventuradas le dan la bienvenida, es aclamada Soberana entre los príncipes del pueblo de Dios, y colocada en el trono más cercano al fulgurante solio del Eterno.

Cada paso que da la Sagrada Virgen en el reino de los elegidos, pisa una estrella; cada rayo de claridad que despiende, apaga un astro; cada mirada que dirige á las santas jerarquías, deslumbra un querubín.

Dios mismo, fiel en las promesas, puso en sus immaculadas sienes diademas, coronas, luceros, esmeraldas, rubíes y brillantes, para hacerla reinar de progenie en progenie, y aun, si queréis, de eternidad en eternidad. *Posuit diadema*

regni in capite ejus, fecitque eam regnare. Lib. de Ester, capítulo II, v. 17.

Pero no basta esto para satisfacer los deseos de los devotos de la Virgen, en especial los deseos de los devotos de su gloriosa Asunción en cuerpo y alma á los cielos, si no alcanzan también de la Sede Apostólica la definición dogmática del hermoso misterio por medio de instancias, exposiciones y mensajes.

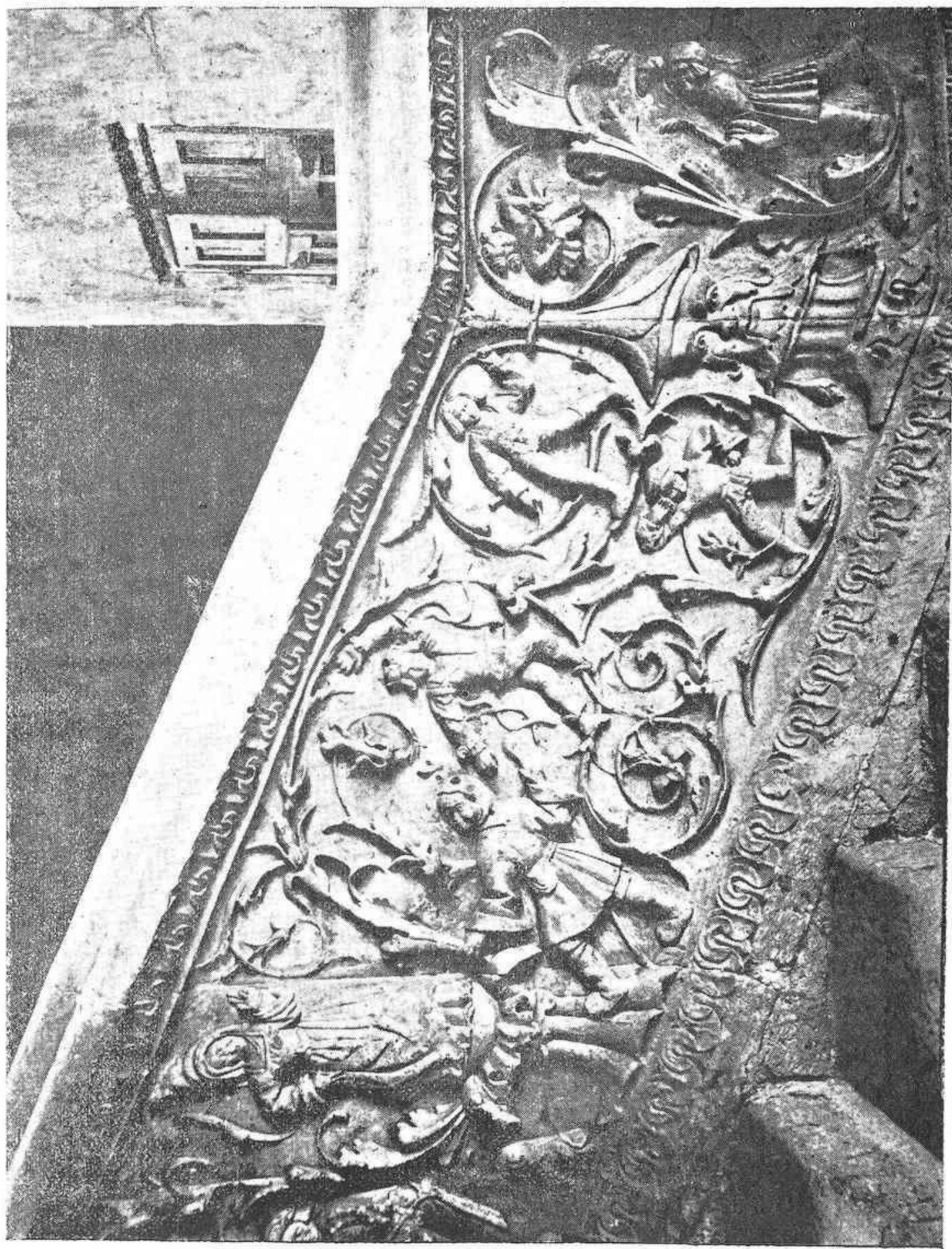
En el Concilio Vaticano, más de 200 Obispos pidieron al inmortal Pío IX la definición dogmática de la Asunción de la Virgen Santísima á los cielos; pero habiéndose suspendido el Concilio por la dificultad de los tiempos, tampoco se pudo de finir el deseado dogma.

A éstos hay que agregar otros ciento y tantos Obispos, que pidieron la misma gracia al sabio Papa del Rosario, León XIII, en los últimos años de su pontificado, entre quienes figuran, para honor de España, algunos de nuestra nación, suplicándole, con grandes instancias, que acelere los días de la solemne glorificación de la Virgen; pero habiendo pasado también éste á mejor vida, no pudo ver logrados los deseos de los católicos.

Sin embargo, creemos que se acercan los días de poner en las sienes de la Virgen el último florón de glorias, que será como la secuela de los demás.

No sólo entre los millares de peregrinos que asistieron á la coronación de la Virgen del Pilar, guiados por sus Pastores, sino también en los Congresos Marianos, en las veladas literarias celebradas en honor de la Virgen, y en las revistas y periódicos, ha tomado cuerpo y se desarrolla cada día la hermosa idea de pedir á la Sede Apostólica la definición dogmática de la Asunción de María á los cielos. Y si los Obispos prestan su valiosa cooperación, mejor dicho, si toman la iniciativa, como es de esperar, en las diócesis que faltan, muy pronto veremos declarada como dogma de fe la Asunción de la Virgen.

Recordemos lo que sucedió con la Inmaculada Concepción de la Virgen antes de la definición dogmática. Pío IX consultó á todos los Obispos del mundo católico acerca de la creencia de los fieles en dicho misterio, y sobre todo acerca de lo que pensaban ellos mismos. Cerca de 546 Obispos contesta-



SALAMANCA.—DETALLE DE LA ESCALERA DE LA UNIVERSIDAD

ron que era muy conveniente la definición dogmática, y que acelerase el día del triunfo completo de la Virgen sobre la serpiente, y cincuenta y tantos Obispos contestaron en sentido negativo, no precisamente contra la definición, sino contra su oportunidad, protestando, sin embargo, que recibirán con el mayor respeto todo lo que la Sede Apostólica se resuelva á definir sobre este punto.

El resultado fué, como es notorio á todos, la definición solemne de la Inmaculada Concepción, en 8 de Diciembre de 1854. Las respuestas de los Obispos al Romano Pontífice acerca de la creencia de los pueblos, llenan nueve tomos, que mandó publicar Pío IX, donde se insertaron también por orden suya las disertaciones escritas con este objeto, las cartas de respetables teólogos y sacerdotes, las de ilustres corporaciones religiosas, y de otros muchos católicos que deseaban la definición dogmática de la Inmaculada.

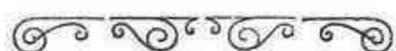
Pues bien, si hoy se preguntase á los Obispos del mundo católico su opinión acerca de la gloriosa Asunción de la Virgen en cuerpo y alma á los cielos, todos contestarían afirmativamente, y verían con buenos ojos el que la Sede Apostólica lo definiese como dogma de fe, para gloria de Dios, honor de la Virgen y consuelo de todos los católicos.

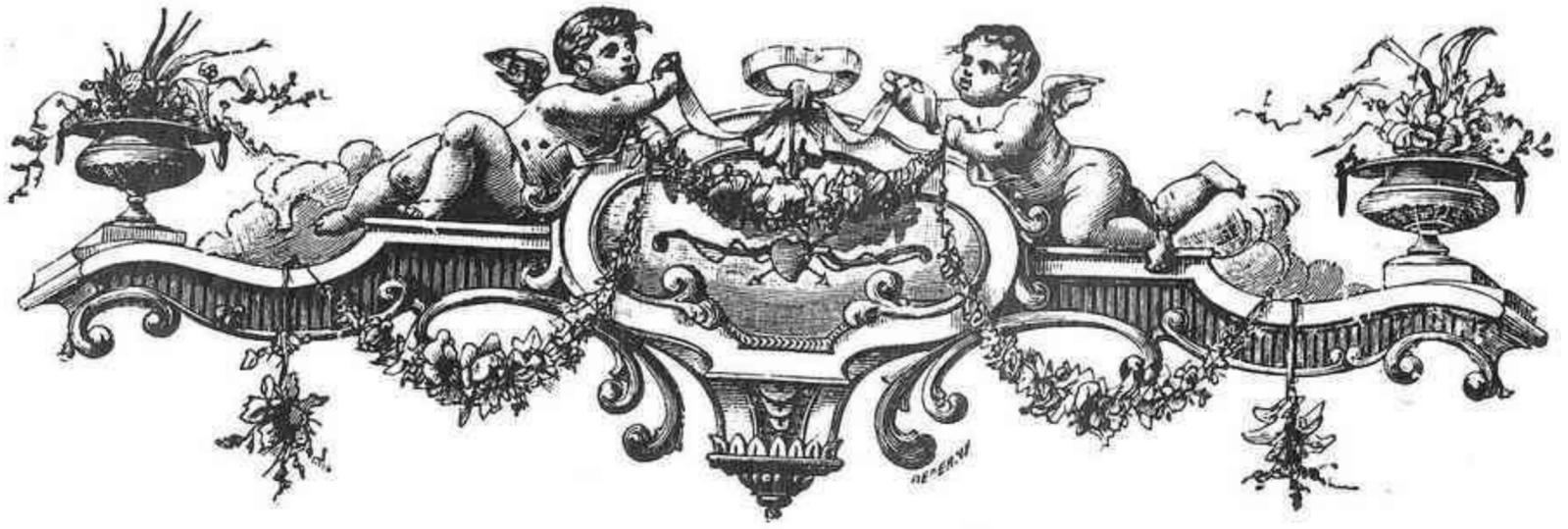
La autoridad legítima que puede elevar la Asunción de la Virgen al predicamento de verdades reveladas, es la Iglesia reunida en Concilio, como en Éfeso cuando definió la Maternidad divina de la Virgen, ó el Papa hablando *ex cathedra*, como Pío IX declarando la Inmaculada Concepción de María.

Pidamos, pues, á Dios para que el deseo de tantos millones de católicos sea pronto un hecho, y podamos cantar á la Virgen antes de bajar al sepulcro el himno de gratitud y alabanza final.

La Virgen no puede tener más gloria en el cielo, pero puede tener más gloria en la tierra, si es permitido hablar así, y podemos gozarnos nosotros más por el conocimiento claro y evidente de sus altas prerrogativas.

FR. EUSEBIO DE LA ASUNCIÓN.





EL BOLSÓN DE DINERO

I



PUES han de saber ustedes que una vez sucedió que el Señor quiso probar hasta qué punto llegaba la virtud del silencio de su amada Teresa.

Era en aquellos tiempos que la Santa iba por esos mundos de Dios á fundar conventos, cuando en un despoblado y en medio del camino, se le apareció su Divina Majestad, y le dijo:

—¿A dónde se va por estos caminos, Teresa mía?

—Bien sabes, Esposo mío (le contestó), que sólo el celo de tu honra divina me ha hecho andariega, revoltosa y bullidora.

—Pues mira: hoy me agradaría contemplarte quieta, sosegada y silenciosa. Sal, sal del camino (añadió el Señor), y ponte á la sombra de ese árbol cercano, desde donde veas bien á cuantos pasen por el camino, pero sin que me despliegues esos labios tuyos, graciosa mía.

—Voy á hacerlo como deseas, querido esposo mío. Voy á sentarme debajo de aquel árbol, y allí me quedaré sin hablar una sola palabra hasta cuando Tú quieras.

Dichas estas palabras, el Señor desapareció de la vista de Teresa, dejando en los aires algo como un rastro luminoso que se iba desvaneciendo poco á poco.

Fuése luego la Santa al lugar que le había indicado el Señor: se sentó á la sombra, y púsose á pensar en lo que podría venir á parar tan extraña aparición.

Poco rato hacía que estaba allí, cuando comenzaron á pa-

sar por el camino unos arrieros con sus mulos cargados, echando aquéllos por sus bocas tal abundancia de sapos y culebras, que hacía temblar las carnes.

Ni hasta el venerando nombre de Dios respetaban aquellas bocas blasfemas, haciendo estremecer de horror y de pena el corazón de Teresa, la cual todo lo estaba viendo y oyendo desde el lugar en donde se hallaba sentada.

A impulsos de su celo por la gloria de Dios ultrajada, la Santa hubiera querido levantar la voz, y aun estuvo á punto de hacerlo, pero se cosió los labios, y se calló como una muerta, al pensar en la orden que le había dado su Divina Majestad.

“No hay remedio (se dijo á sí misma); por más que me sea muy penoso el callarme, callaré, ya que el Señor me ha encargado tan absoluto silencio.”

Esto estaba diciendo la Santa, cuando observa que, corriendo á todo escape, viene por el camino un arrogante y brioso caballo montado por un bizarro y gentil caballero, cuya apostura y riqueza es imposible que no llamen la atención de todos. Al llegar muy cerca del sitio en donde se hallaba Teresa, hé aquí que al caballero le cae al suelo una maleta que llevaba, produciendo como un ruido metálico al dar en tierra. Con la prisa que llevaba, y el ruido que hacía el caballo, nada notó el que lo montaba, y continuó su camino, tan apuesto y bizarro como antes.

La maleta quedó en medio del camino, á disposición del primer tunante que acertase á pasar.

Acaso en aquella maleta se halla toda la riqueza de una honrada familia, que se vería precisada á mendigar, perdido su tesoro.

Todo esto y más aún pensó Teresa en un momento, y en alas de su caridad abrió ya su boca para gritar: “¡caballero! ¡caballero!”, pero la voz se le secó en los labios al pensar en el encargo que le había hecho su Divina Majestad. “¡Dios mío! ¡Dios mío! (pensaba la Santa). Con una sola palabra que yo hubiera pronunciado, el dueño de la maleta la hubiera recogido del suelo: y hubiera yo evitado sin duda las lágrimas, los sufrimientos y acaso pecados que semejante pérdida va á causar. Caro, muy caro va á costar mi silencio á aquel buen señor. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y por qué prueba tan penosa me hacéis pasar!”

Cinco minutos no habrían pasado aún, cuando Teresa observa que, cubierto de polvo y de sudor, viene corriendo por el mismo camino un labrador desarrapado y de mala catadura, que mirando aquí y allá, observándolo todo, como aquel que llevara malas intenciones, tropieza finalmente con la maleta, y sin vacilar un momento se la carga en los hombros, dando á entender con su alegre y regocijada cara, que ni poco ni mucho le duelen las costillas, y que lleva de mil amores la pesada carga.

Conque, figúrense ustedes ahora, cómo se quedaría el corazón de Teresa al ver aquel tan patente y manifiesto robo, que se verificaba delante de sus mismos ojos, que ella podía tan fácilmente impedir, y, sin embargo, no impedía. “¡Váyase al cuerno el silencio! (hubiera dicho otra que no fuera Teresa). Rompamos el silencio, por más que se nos haya mandado, cuando tales consecuencias de él se originan,,.

Pero Teresa, que sentía tanto y mejor que nadie los males, y, sobre todo, los pecados que miraba cometer; aunque sentía que su corazón por recio y varonil que fuese (que lo era mucho), se deshacía y quebrantaba de pena, sin embargo, no dijo “esta boca es mía,, y el silencio más profundo reinó á su alrededor.

Pero seguid, seguid, amiguitos de mi alma, escuchando el cuento de *El Bolsón de dinero*, que, con una gracia incomparable, me contó á mí una candorosa niña, y que yo, más alegre que unas Pascuas, archivé en mi memoria, para poder saborear el placer de contároslo á vosotros, lectores queridos.

Pues, como íbamos diciendo, Teresa, la jovial y alegrísima Teresa, estaba casi triste, pensando en todo cuanto había visto con sus propios ojos, cuando (¡gracias sean dadas al Señor!) observó que por la verde montaña de enfrente, tranquilo, descuidado y feliz, bajaba un lindo y gracioso pastorcillo, que, guardando un hato de blancas ovejuelas, iba cantando á media voz una canción pastoril.

Si entonces yo le hubiera visto, no sé si se hubiera escapado sin que le dirigiese aquellos versos:

¿Quieres decirme, zagal garrido,
Si en este valle, naciendo el sol,
Viste á la hermosa Teresa mía,
Que fatigado buscando voy?

Pero, como yo no tuve la fortuna de estar allí, nada pude preguntarle, como tampoco le preguntó cosa alguna Santa Teresa, aunque se hallaba cerca del pastorcillo y contemplaba con embeleso el espectáculo de tanta sencillez é inocencia.

El espíritu de la Santa parecía reposar mirando al gracioso pastorcillo, en cuyo rostro se reflejaban una paz inalterable y una piedad tierna y profunda. Suave consuelo se iba deslizado en el corazón de Teresa, imaginando que se acabaron ya las duras pruebas á que el Señor quería sujetarla, para cerciorarse de su amor al silencio, cuando hé aquí que de repente oye el galopar de un caballo. Vuelve la cabeza, y con grade sorpresa mira que viene, á todo correr, el susodicho caballero con el mismísimo caballo de antes. Acércase á donde estaba el pastorcillo tarareando una canción, y le pregunta si ha encontrado una maleta llena de dinero. El pastorcillo le contesta con sosiego y dulzura, que ni la ha encontrado, ni la necesita para ser feliz. Se enfurece el caballero al escuchar tal negativa, saca un agudo puñal y lo clava en el corazón del gracioso pastorcillo. ¡Ay! ¡Mil veces ay! El pastorcillo muere, muere cayendo al suelo, bañado en su propia sangre. Huye el caballero, digo mal, huye el asesino, quedándose Teresa sola, sola con su crudo dolor y amarguísima pena, pero callando, ¡callando siempre!

¡Pobre Teresa! Blasfemias, un robo, una muerte sangrienta... todo esto acaba de ver, todo esto podía evitar, ¡y no lo ha evitado!...—“¡Señor! ¡Señor! exclamó, que sea yo quien sufra y padezca; que muera, si así os place, pues muero porque no muero; pero dignáos, Señor, apartar de mis ojos los sufrimientos y dolores de mis hermanos, si no los puedo remediar: no permitáis que presencie semejantes pecados y crímenes, que serán parte para infernar á tantas almas; pues bien sabéis, Esposo mío, que para impedir que se condene una sola, quisiera convertirme en tizón que tapase la boca de los abismos. Venid, venid en mi ayuda, oh Señor mío, porque si no, desfallece mi alma de angustia y de dolor”.

II

No tardó el Señor en acudir al llamamiento de su amada Teresa. Radiante el divino rostro de inexplicable bondad y dulzura, le dijo:

—¿Qué es lo que te pasa, querida mía, que tan triste y acongojada te veo?

—¿Y aún preguntas lo que me pasa, Amado mío? La vista de los crímenes que se acaban de perpetrar, y que con una sola palabra yo hubiera podido haber evitado, ¿no es motivo bastante para que mi corazón esté destrozado de dolor?

—¡Cuán grande es la cortedad de vuestra vista! (díjole el Señor). Hay muchos de los que os parecen males, que no lo son en realidad. Y, por el contrario, hay bienes, y grandes bienes, que vosotros no distinguís. Por otra parte, tu silencio, Teresa mía, no ha causado ningún mal.

—Pero, ¿y tantas blasfemias? ¿y el robo? ¿y el asesinato?— exclamó sentidamente la Santa.

—Escucha, amada mía, lo que voy á decir para tranquilizarte. En primer lugar, tú obraste como debías, obedeciéndome á Mí antes que á los impulsos de tu corazón, lleno por otra parte de caridad y de celo. Además de eso, aunque hubieras roto el silencio reprendiendo á los arrieros sus blasfemias, es lo regular que ningún bien hubieras reportado, antes, de ordinario, no hubieras conseguido otra cosa que exasperar más y más á los blasfemos, dándoles ocasión para multiplicar sus pecados. Aquel que tú te figurabas ser un rico y honrado caballero, has de saber que no era sino un famoso ladrón, que acababa de robar la maleta, dentro de la cual había un bolsón de dinero, que tú viste cómo le cayó al suelo. Aquel labrador sucio y desarrapado que recogió la maleta del medio del camino, era un rico propietario y dueño de la maleta que volvió á recobrar.

—Pero ¿y el inocente y gracioso pastorcillo?

—¡Ay Teresa mía! Su alma era tan hermosa y tan pura, que únicamente suspiraba por el cielo. Yo escuché sus gemidos, abriéndole en su juventud las puertas del paraíso. Acaso con los años se hubiera corrompido su corazón. En estos momentos ha recibido ya su gloriosa herencia, que jamás le será defraudada. El infame asesino ha sido el instrumento, sin dejar de ser por eso menos culpable, de los designios de mi misericordia.

—Pero ¿y qué será de este miserable?

—Este contribuirá también á mi gloria; haciendo que resplandezca temerosamente el atributo de mi justicia sobre las cabezas rebeldes de los pecadores obstinados.



APARICIÓN DE LA VIRGEN Á SAN BERNARDO

(Cuadro de FILIPPINO LIPPI, en la "CHIESA DI BADIA", en Florencia).

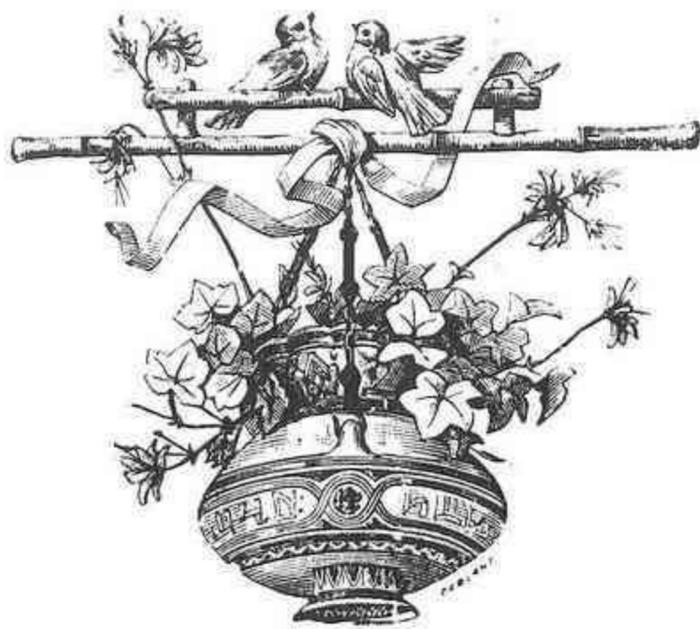
Y sonriendo amorosamente á su Teresa, el Señor desapareció de la vista de su amada Esposa, dejando en los aires una como luminosa estela, que se fué poco á poco desvaneciendo.

Así acaba el cuento de *El Bolsón de dinero*.

Si á vosotros os agrada, lectores queridos, dad las gracias á la candorosa niña que me lo contó.

Aquí vendría bien sacar la moraleja del cuento. Pero no habrá un solo lector ó lectora que no se la saque á las mil maravillas. Yo sólo me permitiré añadir lo que decía un abuelo mío, muy ducho en moralejas: *Por callar nunca me vino mal alguno; pero por haber hablado muchas veces.*

JUAN BAUTISTA ALTÉS.





SANTA TERESA DE JESÚS

(FRAGMENTO DE UN POEMA POR EVARISTO SILIÓ)

En ansia eterna de mostrar al mundo
Los altos dones de su amado Bien,
Por el camino del dolor fecundo
Tornó Teresa á difundir la fe!

Triunfante siempre de la suerte impía,
Do quier que alzaba creadora voz,
Un nuevo templo á la virtud abría,
Que paz brindaba, demandando amor!

Mas su constante y fervoroso anhelo,
Templado apenas al obrar así,
Buscaba sólo remontar el vuelo
Y al trono eterno del Amor subir!

Miraba ansiosa la futura suerte
Desde el abismo del terreno mal,
Y era á sus ojos la temida muerte
Celeste nuncio de ventura y paz!

Por eso nunca tan sublime encanto
Sintió en el alma ni tan vivo ardor,
Como una noche que en su asilo santo,
Cantar la dicha de la muerte oyó

Era una hora en que su fe guiaba
Hasta su Dueño su amoroso afán,
Cuando una virgen, que también velaba,
Así en el claustro comenzó á cantar:

“¡Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos,
Y muera yo luego!”

—Teresa, en el alma herida
Por la canción bendecida,
“Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Exclamó fuera de sí,
Que muero porque no muero!,”
Y en tanto,
Su canto
Que al par ruega y llora,
Con voz vibradora
La cándida virgen tornó á levantar.

—
Y Teresa, postrada de hinojos,
Y bañados en llanto los ojos,
Le escuchaba en su amante agonía
Y esclava gemía
Del dulce cantar.

—
Y su espíritu en vívido anhelo
De romper sus cadenas, y el vuelo
Tender hasta el trono del célico Amor,
Embargó, en el combate rendida,
De la cárcel corpórea la vida,
Triunfando en su amante vivífico ardor!

—
Victoriosa de esta suerte
Sobre la materia inerte,
Más que el nocturno reposo
Gozó el sueño deleitoso
De una transitoria muerte.

—
Y aun del cantar placentero
Conmovida al eco blando,
Del día al fulgor primero,
Repetía suspirando:
“¡Que muero porque no muero!,”





EL INDIANO

I

“Fabiana, la mi Fabiana,
Deja ya el lechu, despierta,
Abre la ventana y mira
Que tu Rusendu te espera„.



Así cantó el mozo, saliendo del obscuro robledal, delante de una casita de barro cubierta de pajas, asentada junto al riachuelo que fertilizaba aquellos campos apacibles; y aún repetía el bosque las últimas notas de su canto, cuando se abrió la puerta de una humilde ventana baja, y una bien timbrada voz de mujer, preguntó:

—¿Rusendu?...

—Fabiana.

El mozo se acercó; el murmullo de sus voces se perdió entre los ruidos de la fronda.

.....
¡Qué buenos eran los dos y qué sencillos! Bien es cierto que la fortuna se había mostrado con ellos tan avara, que el mismo día que se casasen, tendrían que buscar en el campo su sustento, como las aves; pero el amor no consulta, y además ¿no tenía Rosendo buenas manos? ¿Quién como él aflaba en el pueblo una herramienta; quién preparaba la tierra con más esmero para la siembra de la patata ó de la berza, y distinguía tan claramente los sustanciosos pastos de las nocivas hierbas de los prados para llevar á los unos y apartar de las otras al ganado? ¿Y no era Fabiana mujer de su casa y de

arranques para ayudar á su marido, si necesario fuera, manejando el azadón ó la pala? No, si no díganlo más de cuatro mozos que venció tirando al palo ó á la barra.

No había, pues, lugar á duda; el matrimonio podía hacerse, porque otros más desventajosos se habían hecho, y se hizo.

Pasaron los primeros meses entre la primavera y el verano, y en la chocita de amarillentas pajas reinaba la alegría que reina en el nido escondido entre el ramaje, mientras la tierra se viste de flores y el otoño derrama sobre ella sus dorados frutos; pero corrieron los días, y las verdes hojas de los árboles fueron poco á poco tornándose amarillas como las pajas de la humilde choza, y fueron arrancadas y arrebatadas por el viento en crujiente y confuso remolino, y los altos picos de los montes cambiaron bien pronto su matiz azul por los blancos reflejos de la nieve, y el invierno descendió á la llanura haciendo gemir con sus rachas violentas á las desnudas ramas de los árboles. Entonces fué el ver á los chotos buscar, bramando, las rellenas ubres de sus madres, y á éstas, encogidas y con el pelo erizado, encaminarse lentamente al abrigo del establo; las aves huyeron á regiones más cálidas, y los hombres se acogieron á la aldea.

Duro fué aquel invierno. Una de sus noches interminables, Rosendo y Fabiana, sentados á los lados del mortecino hogar, se miraban silenciosos; hacía dos días que no tenían pan con qué acallar el hambre.

Rosendo rompió el silencio:

—Ya te lu he dichu, Fabiana, no puedu verte sufrir; en tantu que se vayan lus fríos, me embarcu de aguas allá.

—Rusendu...

—No hay más remediú.

Y así fué; pasó el invierno, y él, abrazándola, se fué á América á buscar una fortuna, que no encontraba en su patria; ella, abrazándole, se quedó en Galicia, pensando en *el su hombre*, mientras que con un sucio y molesto trabajo ganaba un pedazo de pan para mantenerse.

II

La desgracia de aquella pareja, digna de mejor suerte, no dejó de labrar hondo surco en mi alma impresionable; sin embargo, ¡condición de las cosas humanas! abandoné aquellos

lugares, y los años, al pasar sobre mí, arrastraron consigo este melancólico recuerdo; mas por qué tanto en una de mis correrías vine á encontrarme con un amigo mío de la infancia, muy locuaz y vivaracho, que había estudiado en Santiago de Compostela, donde contrajo matrimonio. Tenía una imaginación ardiente, y las escenas que presenciaba, solían impresionarle profundamente; así, que las recordaba después de mucho tiempo como habían sucedido, y, al narrarlas, quería reproducirlas, y parece como que hablaba con las manos, con los ojos y con todo su sér.

No bien había acabado el mozo de estación su sabido y monótono cantar... "Estación de... cinco minutos de parada,, ya mi amigo me estrechaba fuertemente la mano, diciéndome:

—¡Hola, perillán! ¿Qué tal? ¡Dichosos los ojos que te ven!
—¡Querido amigo!...

(Aquí las presentaciones, inclinaciones y demás ceremonias en uso). Una vez concluídas, empezamos á andar, y mi amigo, dándome palmaditas en el hombro, exclamó:

—¿Te acuerdas de nuestra niñez? ¡Qué días aquellos! Cuando calábamos las sandías del *tío* T... en las parras, para ver si estaban maduras, y amenazábamos quemar la cabaña con hilo de pólvora para ahuyentar al muchacho que las guardaba, y poníamos bombas en la sala de la boda de....

—*¡Tableau!*—dije yo para mí temblando como un azogado—(porque cuando mi amigo se ponía á hablar, era tan temible como ciertos poetas) (1), y añadí en voz alta, esforzándome por reír:

—Veo que no variás; eres siempre el mismo, tan locuaz, tan vivaracho, tan impresionable....

Y enderecé la conversación hacia estas cualidades tuyas, con objeto de que, advirtiéndome que monopolizaba la conversación, dejara á los demás echar su cuarto á espaldas; pero fué en vano, porque entonces tomó de nuevo la palabra, y dijo entusiasmado:

—Tú me conoces; conoces los primeros impulsos de mi naturaleza, porque nos tratamos desde niños, y me comprendes; yo tengo un corazón grande, tú lo sabes; no creo que me alabe por eso, porque es la verdad; dicen que soy impresionable

(1) Noveles, que en cogiéndote por su cuenta, han de encajarte, quieras ó no quieras, un fardo de horrorosos versos.

y es verdad; pero algunos creen que soy arrebatado y no es cierto; lo que hay es que no puedo ver con indiferencia ciertas cosas. Mira, ahora recuerdo una escena, en que, sólo por eso, estuve á punto de cometer un disparate, sin irme ni venirme en ello cosa alguna.

Era la primera vez que me separaba de mi esposa por una temporada, é iba triste, y tan triste que (ya conoces mi afición á la caza), pues bien; la región que atravesábamos era abundante en ella, y más de una vez había cazado yo allí la perdiz blanca...; sin embargo, ni los sotos, ni los montes conocidos, ni el canto de la perdiz podían sacarme de mi abstracción.

Con nosotros (pues éramos varios), iba un D. Rosendo Taibeiros de Matto-grosso, señor grueso, con sombrero de jipijapa, magnífico reloj de oro y más magnífica cadena, pero tosco. Por entre el costoso traje dejaba traslucir en todo su porte al aldeanote enriquecido en América vendiendo alubias y bacalao.

Pero el oro infla, y aquel señor improvisado, apenas se dignaba mirarnos.

Al llegar á una población, vimos venir hacia nosotros á una mujer conduciendo un carro de basura y acompañando el estridente rechinar del eje de madera, que allí usan, con melancólicos cantares de la tierra. Ya sabes que el abono en Galicia está mucho más húmedo y disuelto que en Castilla; así, que aquella mujer alta y hermosa, aunque tostada por el sol, por lo exíguo de su indumentaria y merced á las cortas faldas, dejaba ver hasta las rodillas, chorreando agua sucia, las redondas piernas, y hasta los codos los remangados brazos. Al mirarla se experimentaba una sensación de placer y de asco á la vez: era una especie de Venus de muladar.

Aquella mujer nos vió; clavó sus ojos, que reflejaban una alegría inmensa mezclada de asombro, en el señorote y, sin ser dueña de sí, se abalanzó á él, las manos juntas, los brazos levantados al cielo, exclamando:—¡Ay! el mi maridiñu, el mi maridiñu....

El indiano frunció el ceño, nos miró, y avergonzándose sin duda de que pudiéramos creer que aquella era su esposa, le dijo con desprecio, pasando á su lado:—Aparta, mujer; ¿estás loca? ¿qué es lo que dices?

La pobra gallega, la esclava del terruño, abrió desmesura-

SALAMANCA



PATIO DE LA ANTIGUA CASA DE LA SALINA, HOY PALACIO
DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

damente sus negros ojos, y empezó á ponerse pálida como la cera; yo la ví tambalearse y acudí, pero era tarde; un grito ahogado—¡Rusendu!—se escapó de sus labios lívidos, y cayó al suelo; cuando llegamos á socorrerla y la levantamos, era cadáver.

Entonces un sacudimiento nervioso me hizo estremecer de piés á cabeza; la sangre me subió al rostro y metí maquinalmente la mano en el bolsillo de mi americana; pero temí que la pobre gallega hubiera sufrido una alucinación; mas bien pronto, como sucede en tales casos, llegaron los vecinos y unánimes reconocieron en aquel señorón al esposo de la infeliz mujer. Puedo asegurártelo; si me hubiera dejado llevar de los primeros impulsos de mi corazón, y sin la oportuna intervención de mis compañeros de viaje, aquel orgulloso necio habría encontrado su sepulcro sobre el caliente cadáver de su esposa.

—¿Y de dónde era aquella desgraciada?

—De Chantada.

—¿De Chantada dices...? Y ¿cómo se llamaba?

—Fabiana Pérez Veiga, según dijeron sus paisanos.

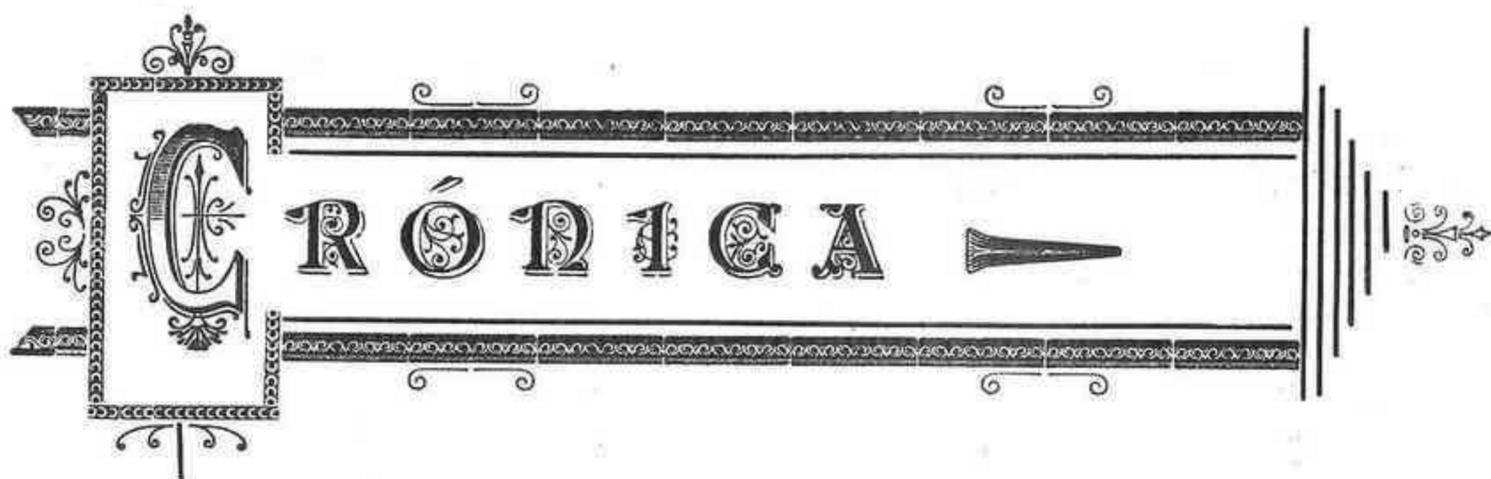
—¡Fabiana!... Lo sospeché desde el principio....

Con profundo conocimiento del corazón humano dijo ya Fr. Luis de León:

“Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.”

JESÚS CALVO.





CRÓNICA

El Misterio de la Asunción.—Mensaje elevado á Su Santidad por las señoras católicas reunidas en Zaragoza, solicitando la definición dogmática de este misterio.

“Santísimo Padre:

Vuestros fieles hijos españoles de todas las regiones y provincias de esta nación, mariana por excelencia, congregados en esta ciudad de Zaragoza, donde, según nuestras antiguas tradiciones, vino en carne mortal la Madre de Dios y de los hombres y confortó á Santiago el Mayor en sus trabajos apostólicos (hasta tan memorable visita infructuosos), prometiéndole que no habían de faltar nunca creyentes y adoradores de Cristo en nuestro suelo; reunidos ante la imagen de la Virgen Purísima que atestigua tan consoladoras promesas, siendo con el bendito Pilar que la sustenta monumento glorioso de la devoción de España á la Reina de cielos y tierra y del patrocinio que ha dispensado constantemente á nuestra patria esta Soberana Señora, venimos en peregrinación nacional á la solemne coronación de tan venerable imagen, y al ofrecer á María en testimonio de nuestro amor una corona de oro y piedras preciosas que Vuestra Beatitud se ha dignado bendecir, y á la que han contribuído todas las clases sociales, desde la reina doña María Cristina hasta las de más humilde posición, desprendiéndose unas de sus joyas y dando otras el óbolo tan grato á Jesucristo, y que por serlo es la joya más rica y valiosa y la más bella que cabe ofrecer en los altares, no queremos separarnos de aquí sin elevar á Vuestra Santidad un mensaje que, siéndolo de gratitud por vuestras inagotables bondades con esta peregrinación nacional, sea también de reverente súplica para impetrar una gracia que no dudamos se ha de conseguir y que espera ya con fervorosa impaciencia este pueblo cristiano.

Santísimo Padre: No pedimos á Vuestra Santidad nada nuevo, sino que acoja con apostólica benignidad las preces que nuestra desventurada reina Isabel II elevó á vuestro santo predecesor Pío IX, solicitando de aquel piadoso definidor del dogma de la Inmaculada Concepción que definiese también la Asunción gloriosa de María en alma y en cuerpo á los cielos, á cuya súplica contestó, según pública fama, el Papa de la Inmaculada, que la gloria de esta definición quedaba reservada á otro Pontífice y que tal vez inauguraría el siglo xx.

Os rogamos, Santísimo Padre, que despachéis favorablemente el memorial que con el mismo piadoso fin presentó en el Concilio Vaticano el Obispo de la Habana, Fray Jacinto Martínez, y que apoyaron en la augusta Asamblea el entonces Obispo de Jaén y después Arzobispo de Toledo, de la S. I. R., don Antolín Monescillo, y todos los prelados españoles.

Pedimos á Vuestra Santidad lo que os han pedido el virtuosísimo señor Arrobispo de Sevilla, D. Marcelo de Spínola y Maestre, y otros señores obispos y con ellos tantos sacerdotes, religiosos y fieles de este reino, siempre amante de María.

¡Y qué alegría la nuestra, Santísimo Padre, si esta corona que venimos á ofrecer á la Virgen del Pilar, homenaje nacional de la piedad española, llevase como suprema joya la convicción de haber contribuído en algo á que se realizasen pronto estos votos de la cristiandad entera y muy especialmente de nuestra nación, siempre tan devota de la Reina de ángeles y hombres!

A los piés de Vuestra Santidad, en la Basílica del Pilar de Zaragoza, á 20 de Mayo de 1905.,

* * *

Fiesta Teresiana. —La Asociación de jóvenes Teresianas celebrará este año con el esplendor y magnificencia de que tan gallardas pruebas ha dado en repetidas ocasiones, un solemne tríduo en honor del transverberado corazón de su excelsa Patrona.

En las tardes de los días 25, 26 y 27, expuesto S. D. M. y rezado el Santo Rosario, ocuparán la Sagrada Cátedra, los dos primeros días, el R. P. Agapito del Sagrado Corazón y el último día el R. P. Estanislao de la Virgen, terminando estos cultos con la reserva del Santísimo y los gozos de la Santa, cantados á toda orquesta.

* * *

Nuevo colegio. —Sabemos que el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis abriga el hermoso y benéfico proyecto de establecer un colegio en el convento de Gracia, término de San Martín del Castañar, en el que recibirán instrucción los habitantes de algunos pueblos de la Sierra de Francia, y cuya dirección será encomendada á los RR. PP. Dominicos de esta ciudad

* * *

Escuela y asilo para niños pobres. —La caridad y el desprendimiento generoso de los Excmos. señores Marqueses de Castellanos y Monroy fundará muy en breve en el noviciado de las Jesuitinas una escuela bajo la dirección de estas religiosas, donde se educarán é instruirán las niñas de la barriada en que está situado dicho convento, y en el Arrabal del Puente instalarán un Asilo para refugio y amparo de niños necesitados, bajo la advocación del Santo Niño del Remedio.

* * *

Juegos florales —Organizados por la simpática revista literaria *Gente Joven*, se celebrarán en el próximo mes de Septiembre en Salamanca, brillantes *Juegos Florales*, para los cuales han ofrecido premio S. M. el Rey, Su A. R. la Infanta Isabel, el Excmo. Sr. Ministro de Agricultura, el Excmo. Sr. Obispo y todas las corporaciones y personas de significación de esta ciudad.

Por falta de espacio no publicamos íntegro el programa, que consta de veinte temas, correspondientes á otros tantos valiosos premios. El plazo para la admisión de trabajos y las demás bases del concurso pueden verse en la citada revista y en los periódicos locales.

* * *

Nombres y peticiones de las personas que han visitado el Santo Corazón y Sepulcro de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús en el mes de Julio de 1905:

“La salud para todos.—*César Redondo*.

Concedenos, á mi familia salud y á mi hijo ésta y felicidad, y á mí lo que en mi pensamiento te pido.—*Ladislao Redondo*.

Tu amparo para él y sus hijos te suplica tu siervo *Baltasar Campos*.

Que concedas largos días de vida á mi padre, mucha salud á toda mi familia y que mi hermana Carmencita se ponga buena.—*Alfredo Marcelo Jiménez*.

Tus brazos se extiendan en nuestro matrimonio é hijos.—*Segundo Fernández*.
Procurador de Medina del Campo.

Concédeme salud y felicidad para llevar las almas por la senda del bien hasta llegar al último fin.—Tu siervo *Eduardo Alvarez*

Santa mía, concédeme lo que te supliqué en el día de mi profesión religiosa —*Sor María de Jesús*, Sierva de San José.

Gloriosa Santa Teresa de Jesús, alcánzame ser toda de Jesús y esto te pido por todas las personas que amo en el costado de Jesús. Sierva de San José *Sor Josefina*.

Santa mía no te olvides de lo que tantas veces te he suplicado.—Te ama de veras *Sor P. del P.*

¡Teresa de Jesús! pídele por tu siervo y amigo *Antonio González*.

Santa Teresa de Jesús, pide á Dios por esta pequeña familia y libra á España de la herejía del liberalismo y consigue la unión de los católicos.—*Luis González*.

Teresa de Jesús, y que fuiste tanto de Jesús, te pido que me inflames en su divino amor.—*Florentina González*.

Una leonesa de la montaña. Santa Teresa, derrama nuestra alma en vuestro corazón para llevarnos á gozar de Jesús en la Gloria.—*Bernarda González*.

Santa Teresa bendita, ruega por nosotros, dadme salud y suerte que yo os rezaré en vuestro sepulcro santo.—*Francisco Polo*.

Santa bendita, santifica á mis hijos y á mi nieto y concédeme á mí que yo pueda y sepa cumplir la voluntad de Dios.—*La Condesa viuda de las Almenas*.

Santa bendita enséñame á sufrir amando para imitaros.—*Condesa de las Almenas*.

Concédeme, Santa Teresa, que por vuestros méritos pueda imitaros en las virtudes que en tí resplandecieron.—*Francisco Valles*.

Pues fuiste heroína en el orden de la inteligencia y mártir en el corazón, dame luces y amor que me lleven al Cielo.—*Manuel Boizas*.

Santa de mi corazón, dame la dicha de amarte en la tierra y que te vea en el cielo, y luces para cumplir con mis deberes de buena madre y esposa,—*Piedad Hernández de Valls*.

Santa mía, concédeme lo que te pido.—*Teresa H. Contreras*.

Santa Teresa, ruega por nosotros.—*Jacinto Díaz*.

¡Santa bendita! Inflama y prende en mi corazón siquiera una chispa de aquel vehementemente amor y santo celo por la gracia de Dios que tanto en vos resplandecieron.—*Pedro del Pozo Ortega*.

Seráfica Teresa de Jesús, que ame tanto como debe á nuestro Dios os suplica *Pedro González Alameda*.

Mística Doctora, Santa Teresa de Jesús, concédeme el dón de la santa perseverancia.—*Isabel Díez González*.

Santa Teresa, concede á mi hermana lo que desea y yo te pido que perseverare hasta el fin fiel á su vocación *Casimiro Díez González*

Santa Teresa, rogad por nosotros.—*Concha Espinosa*.

Santa Teresa dadme conformidad en mi pena.—*Irene Villapecellín*, Viuda de Linage.

El día que visité tu sepulcro, Santa mía, lo tengo por uno de los más felices de mi vida, *ora pro me et pro meis*.—*Remigio Sanz*, Arcipreste de Aranda de Duero.

Sor Francisca de la Providencia. El santo Amor de Dios para mí y todos los míos. *Soeur Theotine de Marie. La grace d'une bonne morte et pour toute ma famille.*

Ste Terese obtenir pour moi de Dieu l'amour que vous aviez pour fui et la grace de perseverance final, la bonne morte et le Paradis.—*Sr. Eleonor de St. Jean*.

Salud para una niña, paz de una familia y para todos mucho amor de Dios.—*Viuda de Vargas*.

Ayudadme, Santa mía, para que perseverare en la resolución que he formado.—*C. H.*

Mater Carmeli ora pro me et liberame á putrido liberalismo, masonismo et omnia genere iniquitatum.—*El párroco de Navalvillas de Pola y su hermana*.

Salud y gracia, Santa Teresa de Jesús bendita, para mis hijos, que perseveremos todos en el temor de Dios y en vuestra devoción.—*Viuda de Córdoba*.

Guía mis pasos.—*Remigio Ceballos*.

Gloriosísima Virgen y excelsa esposa de Jesucristo, gloria de España y del Carmelo, ruega por mí y alcánzame cuanto te pido. Tu devoto *J. M.—S. J.*”

Domingo Martín, Anselmo Alonso, Juan Caro, José Gómez, Timoteo Gómez, Francisco Romero, Bernabé Reyes, Primitivo González, Luis Macías, Pedro Ibarguén, Pedro Grin, Pascual Sánchez, Valentín Brusi, Agapito Montes, Augusto Martín, Fabián Romo, Heliodoro Martín, Gaspar Sánchez, Miguel Cantalapedra, Diego Gil, Marcial Alvarez, José Alemán Joaquín Paradinas, Enrique García, Daniel Paradinas, José Flores, Alberto Alonso Tristán, Ildefonso Romo, Nicomedes García, Isaac Velasco, Antonio García, Juan Manuel Bellido, Miguel Aparicio, Rafaela Aparicio, Tomás López, Leonor Fernández, Cristeta Fernández, Antonio A. Bárcenas, Salustiano Suárez, Gabina de la Calzada, Dolores Guzmán Ruiz, Carmen Carlón Hurtado, Consuelo Martín Granizo, M. Guzmán, José Arregui (Presbítero), Antonio Paguaga Paguaga, Juan Cruz Oloris, Ubaldo de Segura, José Antonio de Oyarzábal, Manuel de Ecenarro, Joaquín Zubiaga, Rafael de Obieta, José de Ecenarro, Nicolás de Iturbe, Pablo de Unamuno, Juan Sánchez, Julia Santos, María de Laga, Pilar de la Peña, Mercedes de la Peña, Carlos de la Peña, José María de Lerameta, José María de Alcibar, Mariano H. Zorita, Dorotea Benito, Lorenzo Torrado, Ignacio de Santos, José María Salazar, María Cortina de Santos, Juan Manuel de Olavarrieta, Hermenegildo Llaguno, Rosario Leon y Pérez, Emilia Morales y González, Francisco Garrido, E. Vázquez y González Brau, Joaquín Aguilar, José María Alpérez, Micaela García, Juan E. de Orúe, Ignacio de Orúe, Angel de Orúe, Manuel Sanz Agero, Juan García, Gregorio Santana, Cosme Fernández, Santiago Alonso, Emilio García Fuentes, Valentín Santos Gutiérrez, Angel García Pinto, Sebastián Garól, Luis Hargain, José Domingo Casanova, Fr. Juan Fernández Santiago, Fr. Juan de Olivera, Antonio María Falcao, Antonio Santos Carredo, Francisco Reira de Carvalho, Dolores González, Carmen González, El Conde de las Almenas, Paula Fernández, Ignacio Palacio, Ramón Hernández, Rafael Sanz Borovio, Juan Leandro Encinas, Julia Carrasco, Trebutien Albert, Fr. Carlos Bahillo, B. F. M., Fr. José González, B. P., Juan Hernández, Jesús Hernández, Pedro Lobo Madrid, Araceli de Córdoba, Angel de Córdoba, Pepito, María Rodríguez, Emilio Gonzalo Arias, Regino Pascual Corral, Destierro Ceballos, Carmen Ceballos, Pura Ceballos, Serafina Sancho.



OBRAS DE LA BASILICA DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ALBA DE TORMES

CUENTA GENERAL DE GASTOS

AÑO DE 1903

Pesetas C^{ts}.

SUMA ANTERIOR..... 497.575 19

JORNALES

Por jornales de operarios durante la segunda quincena del mes
de Agosto en la Basílica..... 877 76
Idem en la Hospedería de la Guía..... 406 66

MATERIALES

Por materiales, arrastres y otros varios gastos hechos en las
obras de la Basílica durante la segunda quincena del mes
de Agosto.... 1.856 48
Idem en la Hospedería de la Guía..... 290 70

PROPAGANDA

Pagado por giro de una Letra..... 3 20

ARQUITECTOS

Pagado á D. Enrique M. Repullés por la cuenta de gastos de
delineantes..... 297 60

SUMA..... 501.307 59

(Continuará).

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA DE ALBA DE TORMES

	<i>Pesetas Cénts.</i>	
Limosna de una devota.....	2	"
MM. Carmelitas de Huesca.....	20	"
Doña Juana Díaz Valdés, por coros, Oviedo.....	36	"
„ Josefa Gómez, íd. íd.....	7	"
Don Heriberto Larios, de Oviedo.....	10	"

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez.